

CARTA A PEDRO SANCHEZ.

Mi querido amigo:

No extrañe usted que se lo llame; y vaya por las muchas veces que se lo llamo á otros que no lo son.

No somos amigos; pero no hay razón para que no lo seamos. Así como la casualidad hace amigos muchas veces á dos individuos de opuestos puntos del globo ó de los más contrarios caracteres ó lejanas edades, ha hecho ahora que nosotros, santanderinos los dos, casi vecinos al nacer, aficionados ambos á las letras, á hijos y sobrinos de padres amigos y de tíos amísimos, no estemos autorizados ni á cambiar un saludo en la calle. Y ¿qué es la casualidad? Nada. ¿Porqué hemos, pues, de respetarla?

Si hemos de empezar á saludarnos muy pronto, ya con ocasión de hacer yo pié para una partida de *pulos* en que usted tome parte, ó de tresillo... en cuanto yo sepa jugar, ya con motivo de un *bis* que usted no encuentra para un rigodón que le interesa mucho bailar, y me le viene á pedir á mí un amigo de ambos, ya, en fin, por cualquiera otra causa, salvemos de un salto todo ese tiempo que falta, y permita usted que me presente yo mismo, á ofrecerle mi amistad.

No vale gran cosa; pero, en cambio, como no entiendo ni palabra de Práctica mercantil, no pienso dedicarme jamás á esa venta de blancos en que algunos negocian.

Seamos, pues, amigos. Pero con una condición: que ha de confesar usted que Juan García escribe sin ninguna clase de *afectación ni amaneramiento*. De lo contrario no hay nada de lo dicho.

Cosa que quizá le tendrá á usted sin cuidado, pero no á mí; razón por la que he de tratar de convencer á usted de aquello.

Advierte usted á nuestro escritor montañés que *no es conveniente rebuscar la frase ni violentar la construcción*; y á nadie acaso le haga menos falta que á él la advertencia.

El rebuscar la frase es indudablemente un defecto... cuando no se da con ella. En el caso contrario, ¿cómo ha de serlo? La palabra y la construcción difíciles están ocultos, como lo está todo lo difícil y lo superior; que así ha querido Dios ponerlo para que el genio tenga en qué emplearse y vaya á buscarlos, y muestre así, al volver con el botín de la lucha, su condición superior y su elevación sobre los demás hombres. Nada bueno es fácil: lo mismo pasa con la virtud que con el jamón de Westfalia, que cuesta un ojo de la cara.

Usted mismo asegura que nadie como Amós Escalante se inspira en cosas altas. Las cosas altas no pueden expresarse sino en altas palabras: las palabras de esta clase no se hallan á mano, sino que hay que buscarlas; luego lo que hace Escalante no es rebuscar, que es buscar.

Dice usted también que ninguno adjetiva con más propiedad; luego la frase no está rebuscada, está buscada, no puede ser otra que aquella.

Tampoco violenta la construcción, en mi concepto. Violentada estaría si Amós hablara así, pero como no habla, sino que escribe, resulta... resulta que así la violentaba y así rebuscaba Quevedo, y que no me parece tan mala compañía ni aún para cometer violencias, no ya de leyes convencionales, sino de ninguna clase de leyes.

No es la sencillez defecto, pero tampoco, á mi modo de ver, acaba de ser mérito. Lo que hay es que existen cosas tan buenas de por sí y tan excelentes que aún dichas ó vestidas con sencillez, están bien y cautivan el ánimo. Una muchacha bonita no necesita en realidad sino un traje de percal y un clavel en la cabeza para parecer bien; pero ¿quién nos asegura que no parecerá mejor envuelta en seda y terciopelo y tocada con perlas y brillantes, siempre que el gusto más irreprochable presida como juez único su aderezo y compostura? Pues hé aquí lo que en mi sentir acontece también con las ideas. Si las sublimes, las ingeniosas, las bellas, en suma, van bien en estilo llano y sencillo lenguaje, ¿cuánto mejor no han de ir en lenguaje y estilo del siglo de oro, esto es, en estilo y lengua de Amós Escalante.

Por lo demás, la frase sin la idea nadie la buscará—y si la busca, peor para él—en Escalante. Si amplifica la frase y la vuelve y retruece, y la desmenuza luego y la recompone y sintetiza más tarde, y tarda espacio de dos páginas en todo esto, fíjese cualquiera y verá que jamás la idea desaparece y deja de palpar allí, sino que, siguiendo en sus evoluciones y juegos de luz á la frase, va sucesivamente mostrándose por uno y otro aspecto hasta penetrar completa, *esférica* si vale la palabra, en la mente ó en la fantasía del lector.

¡Frasas sin ideas unos libros por donde las ideas corren hasta en los intervalos de los renglones! ¡Frasas sin ideas quién sin interrumpir apenas la leve narración de una fiesta de campo ó un paseo en la ciudad, enseña de Política ó Historia, de Estética y Filosofía, sin que el lector lo note hasta encontrarse con que lo sabe, sin que en su ánimo se hagan lugar por un momento el cansancio ó el fastidio, sino un interés creciente, una admiración, y una idolatría al fin que le llevan á proclamar al libro bueno entre los mejores, y á su autor talento entre los talentos, dechado de todas las elegancias y riquezas de fondo y forma que pueden concebirse!

Tampoco me parece bastante, ni mucho menos, el elogio que de sus versos hace usted, amigo Pedro, al compararlos en algunas de sus cualidades á los de Selgas, Becquer ó Rosalía de Castro. ¿En qué se parecen los versos de Selgas, correctos y pensados, á no dudar, pero pensados vulgarmente é indecorados en su mayor parte, á los del poeta de las *Marinas*, á aquellas estrofas que ora gimen blandamente como el mar en las tardes de Julio, ora se levantan impetuosas y sublimes como el mar en las noches de Octubre, ya tegidas con hojas y flores de los valles y riberas de la Montaña, ya talladas en la valiente encina de sus montes ó en la vieja piedra de sus palacios blasonados? ¿En qué se parece, cuando llega Becquer con sus lamidas *Rimas*, más pobres que sobrias en ocasiones y con su idealismo entrecortado y sospechoso de ficción, á esta melancolla infinita, pero serena, triste pero esperanzada, verdadera, en suma, que vive y llora y *redime* en los versos de Amós? ¿Quién le imitará, ni á distancia de cien leguas, en la asombrosa labor de sus sonetos inimitables?

Y las *Flores*, esas *Flores* de que usted habla, dignas, no ya del jardín, sino de un invernadero en el jardín de Rioja? ¿Quién osará hacerlas hablar de nuevo? Las flores de Selgas no dicen nada que no supiéramos ya que decían. ¿Sabíamos, en cambio, lo que cuenta la *amapola* de su excelso origen y cambio de color? ¿Sabíamos lo que dice esa flor blanca que muestra su perfil *gallardo en las arenas cántabras*, y de quién no sé su nombre, pero sé su aroma?

Pues esa flor, cuando lleva á uno su fragancia, en hora oscura ó en lugar extraño, trae al distraído pensamiento la patria costa, el montañés paisaje, y al anheloso oído el soñoliento rumor del oleaje.

¿A quién, que no sea á él mismo, se parecerá el autor de esta estrofa?

Cuando predomina en la literatura ese gusto y esos procedimientos que usted lamenta en su amenísimo artículo, se está obligado á no perdonar modo ni ocasión de ensalzar lo bueno, lo legítimamente bueno que haya en el arte. Por más que yo creo que huelgan cuantos estudios y análisis se hagan acerca de lo que hoy domina en literatura. Para mí, no es el naturalismo, que, como usted dice muy bien y demuestra clarísimamente, nunca ha dejado de existir en las hojas bien escritas. Lo que ha desertado de las que hoy se escriben, como ha desertado de la conversación y las costumbres, es la decencia y la buena crianza.

No creo, sin embargo, que sea esta la razón del mutismo de Juan García. ¿Qué tiene él que ver con cierta clase de lectores ni de críticos? ¿Escribe él acaso para ellos?

Hoy quedan aún muchos que escriben

bien, y muchísimos que leen bien, como hace usted ambas cosas. Amós Escalante tiene, pues, como siempre, su público.

De donde resulta que, al menos yo, no acierto á satisfacer su curiosidad de usted, ni su pregunta, que son las que también siento y me hago.

Otra cosa, y concluyo, ¿Porqué en aquel último párrafo en que se habla de las glorias montañesas, no se cita á Adolfo de Aguirre, el más parecido de los escritores de hoy á Amós Escalante, y como él modelo de buen gusto y de nobleza en el pensamiento y en el lenguaje; á don Angel de los Ríos que á fuerza de doblar la cabeza por cuevas y subterráneos, la levanta tan alta en sus páginas, donde nos cuenta en la más castiza prosa las maravillas que ha visto?

Suyo afectísimo,
E. M.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL MATRIMONIO.

CARTAS

DE UN SOLTERÓN A UN NOVIO Y VICE-VERSA,

SOBRE

EL TECNICISMO MATRIMONIAL,

COLECCIONADAS

POR UN INDIVIDUO DE AQUELLA RESPETABLE

CLASE PRIMERA.

III.

Después de salir de su estupefacción, escribió Pepela la carta siguiente:

MI QUERIDO ANTONIO.

La gravedad de las circunstancias y el deber que tengo, como cristiano, de dar un buen consejo al que lo necesita, obra de misericordia recomendada en el catecismo, me obligan á no desmayar en el propósito de enderezarte al buen camino, del que veo te apartas temerariamente.

¿Conque insistes en casarte? ¿Conque sigues en tus trece, á pesar de que un contratiempo providencial te detiene al borde del abismo? ¡Oh, imprudentísimo Antonio! vuelve en tí, rumia mis sensatos avisos doctrinales, atiende á la Providencia que impide tu locura, y no dudo que te arrepentirás de tus pecados, que grandes han de ser cuando te lleven de cabeza al matrimonio. ¡Ah! tuvieras tú la intención de tirarte por el viaducto de la calle de Segovia y no te lo impidiera, que al fin era el caso, aunque desastroso, breve; pero eso de querer casarte es un delito con premeditación, alevosía y ensañamiento contra tu libertad, un acto que te condena á tormentos perdurables, una majadería sin explicación satisfactoria que la cooneste, y mientras aliente, he de esforzarme en que no cometas tamaño desatino.

Preguntaban á un sabio que edad era la más conveniente para casarse, y respondió:

—De uno á treinta y cinco años es pronto, de treinta y cinco en adelante es tarde.

En opinión de ese sabio, ninguna edad es buena para tomar un estado que ningún provecho reporta. Cuéntase que un soltero pidió informes á un casado sobre la vida matrimonial, y éste contestó:

—En el primer año no se pasa bien por la novedad de la cosa y la diferencia de costumbres. En el segundo año las incomodidades del embarazo de la mujer, los sinsabores que da el chiquillo, ó chiquilla, y los disgustos que produce el aumento de los gastos hace que tampoco está uno contento; pero cuando llega el tercero ¡oh, al llegar el tercer año de casado, créame usted que... más le valiera no haber nacido!

Aquel refrán castellano de «antes que te cases mires lo que haces» viene demoldo en corroboración de lo que digo sobre tan negro asunto. Ese refrán nos aconseja en sustancia que permanezcamos solteros, porque es naturalmente imposible que vea un novio ni

sepa lo que se hace quién está enamorado.

El grave padre Mariana dice que el amor y la ambición ciegan igualmente: luego por cualquier lado que consideremos la cuestión, siempre sacamos en limpio, que ni ves, ni sabes por dónde andas. Si esto es así, es evidente que de seguir el refrán al pié de la letra, no puedes ni debes casarte, y ten en cuenta que los refranes, según Cervantes, «son sentencias breves sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios.»

Otra vez viene la sabiduría á poner coto á tus imprudencias, cuya serie es larga desde que el pícaro amor zarandeo tu juicio,

Porque las locuras son
Como un plato de cerezas,
Que tirando de la una
Las otras se van atrás ella.

Como dice Moreto en el *Desdén con el desdén*.

Obcecado por esa funesta pasión diste primero en enamorado, y luego quieres dar en marido, palabra, como su similar de esposo, de bastante trascendencia ó trastienda.

Marido, en buen romance, es *mar-ido*, y el que se va al mar se lanza en busca de peligros ignotos, abandona lo cierto por lo dudoso, exponiéndose á correr grandes borrascas al dejar las apacibles costas. Temeridad espantosa es esta, y «pues á pié junto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el piélagó profundo de nuevos inconvenientes.»

Esta es enseñanza del insigne autor de *Don Quijote*, quién, en otro pasaje de la novela *El curioso impertinente*, insiste en que el casado vive en el mar, y al comparar á la mujer con un barco, dice: «No quieras hacer experiencias con otro piloto de la bondad y fortaleza del navío que el cielo te dió en suerte para que con el pasases la mar deste mundo.»

Casarse y embarcarse es todo uno; la mujer y los buques parecidas cosas son: autores formales lo afirman, y yo, con ellos, te digo que compadezco de veras á los hombres casados, como lástima me dan los que sobre unas frágiles tablas cruzan el Oceano. ¡Pobres navegantes! ¡Infelices *mar-idos*! Los unos son juguetes del mar; los otros de las mujeres, pérdidas como las olas, según Shakspeare y todos ellos necesitan de un milagro para no naufragar en sus débiles naves.

Las palabras de casamiento son voces amigas que te apartan del precipicio; óyelas piadoso ¡oh amigo Antonio! y no tendrás que lamentar la dureza de tu cerviz; escúchalas á tiempo y nadie te llamará *desposado*, duro calificativo para quién se precia de sensato. Llámase hombre *posado* al que se distingue por la prudencia de sus actos, al que pesa sus decisiones sin permitirse arrebatos, lizezas, ni extravíos. Desposado es todo lo contrario; es el hombre á quién falta aplomo, por no tener ni pizca de meollo, que en nuestra lengua castellana *des* es una proposición inseparable que denota negación, contrariedad ó privación, así desvirtuado es lo que carece de virtud, desunir es separar una cosa de otra, quitar la cabeza es descabezar, y *desposado*, por esta lógica de lenguaje, es lo contrario de hombre prudente.

A mayor abundamiento de razones observa que al recién casado se le llama *novio* y *desposado*, cuando con una sola palabra había suficiente para expresar el concepto. Las dos, sin embargo, tienen retintín, porque si la primera es sustancial, la segunda no se inventó sin motivo. De seguro que se dice con la pícaro intención que desde luego se supone, ó sea con el propósito más ó menos ruín,—no te lo disputo,—de motejar á la persona que voluntariamente se presta á que le *aparejen*, que es otra contingencia de eso del matrimonio.

Recuerdo ahora que todos los años hablaba un senador sobre las quintas, y una vez que vino la discusión inesperadamente, se le concedió la palabra. se levantó y dijo:—«Señores hoy no venía aparejado»—no pudiendo continuar su discurso por la hilaridad que produjo su exordio.

Pués bien; amigo mio, el discurso de la vida del casado empieza con igual figura retórica, por lo que el mundo no escasea las risas que siempre provoca tan prosaica imagen.

¿Y para esto has nacido? ¿Toda la ciencia que adquiriste en una *universidad*, no te ha librado de que fueras *enganchado* por una *particular*?

¿Es posible que los ojos de una andaluza te hagan olvidar las hojas de los libros filosóficos? ¡Valiente porvenir es el tuyo! ¡*Aparejado* á la jerezana y *enganchado*! ¡Bien dicen que el hombre, cuando no discurre, *piensa*!

Pero, volviendo á la cuestión de *mar-ido*, estas dos palabras cabe interpretarlas en el sentido de mar revuelto, que lo de ido suena en castellano á loco; y buena es la interpretación respecto al matrimonio, por ser un *estado* revolucionario; puesto que le preludian las consabidas *proclamas*, le anima la lucha, le sazonan las *capitulaciones*, y en su período álgido curas, escribanos, y sacristanes intervienen, como si se tratara de la muerte de un cristiano, y *testigos y padrinos* le autorizan como si se ventilase un lance de honor.

En tiempos de calma, en épocas de profunda paz, no se necesitan proclamas; más apenas se perturba el orden, en los momentos de suprema agitación, salen á luz, y entonces la gente pacífica se oculta tímida y los desalmados gozan. Las proclamas son indicios segurísimos de que las cosas andan mal, anuncios evidentes de una borrasca política: son el relámpago que precede al trueno, y como el matrimonio es trueno y gordo, se avisa con la voz del barullo. Culpa será de tu audacia si no te sale bien un negocio, que empieza con proclamas y acaba en una *capitulación*.

Metido imprudentemente en él, los sucesos te atropellan con su ruda violencia; empujado por ellos, vacilas, dudas, tiembles, gritas; pero asediado por el enemigo que es tenaz, cedes y al cabo á la fuerza te *llaman á capitular*; que es otra mala palabra de casamiento que nos sale al camino.

Es tecnicismo matrimonial, prueba hasta la pared de enfrente que es un estado de zozobra; capaz por sí solo de poner los pelos de punta á todos los que no sean calvos. Fuera el matrimonio cosa pacífica, y otros términos se usarían para expresar cada uno de sus actos. Desgraciadamente no lo es, y por fuerza hay que emplear las mismas palabras guerreras que en una plaza sitiada por belicosas legiones.

El orden no esperes encontrarle en el tumulto. Si amas tu tranquilidad renuncia al matrimonio, y deja que se pierdan en ese mar revuelto los bullangueros y las mujeres; aquellos por imbéciles y estas «por no tener otro guiso», como ha dicho un autor, y alguno otro escribió «que su porvenir es casarse y engordar». Como buen amigo te oconsejo. Si quieres conservar los fueros de la razón que invoco, busca la salvación en la enmienda no en el escarmiento, que es durísima, advertencia.

Yo, que me mantengo en mis ideas con orgullo, puedo decir que *no me caso con nadie*, para indicar mi amor á la justicia y mi odio á la ley del encaje, mientras que ese modismo, que caracteriza la altivez de pechos nobles, no pueden decirlo los que contraen el vínculo matrimonial, sin mentir descaradamente. *Yo no me caso con nadie* es grito de independencia y una popular protesta contra todos los que debilitan su voluntad por medio de un casamiento.

Pero apelar á tu juicio ahora es inútil, cuando te metes por tu gusto en un horrible pleito; pues veo que cifras tu ventura en un recurso de casación.

¡Trance fatal es el del matrimonio! no me cansaré de repetirlo. Convento en que lo santifica la doctrina; pero recuerda que entre los sacramentos es el último, como el quinto es la Extramaución, tal vez para inculcar en nuestra mente, desde que somos chiquitines, que es preferible nos den los Santos Oleos antes que casarnos, porque detrás de la muerte puede verse el cielo, y después del matrimonio, á lo sumo, se encuentra el Purgatorio.

En el cielo dicen que no hay matrimonios, y lo atribuye un sagaz observador á que en el casamiento no hay gloria, ni es posible que exista, añado yo, en ninguna capitulación, por honrosa que sea.

¿Qué buscas, hombre, qué buscas al pretender cambiar de estado?

Barullo por un lado, debilidad por otro, pleitos, guerra é infierno por todos, como menudamente me ha demostrado.

En abono de tu rara manera de discutir, solo podrás objetar que has hallado tu media naranja; á lo que te replico, por cuenta propia: es cierto que,

Cada cual en este mundo. Tiene su media naranja; Pero por dulce que sea. Amarga es siempre su cáscara.

Convencido de que este mal de marido es mucho mal, Atenéo, poeta griego del siglo III, escribió un epigrama, cuya traducción te dedico:

Quién se casa toma estado, Que otro no iguala en maldad; Estaba, pues, en verdad. Loco el segundo casado. Respecto al primero, quién Inventó lo de la esposa, Toda palabra es ociosa Para censurarle bien.

Quevedo, abundando en igual opinión, nos dice:

«Muy buena es la mujer, si no tuviese Ojos con que llevar tras sí la gente

Y el corazón colgado de la frente Que en sospechando el mal se le atendiese. Muy buena, si despierta de sentido; Muy buena, si está sana de locura. Buena es con el gesto no raído; Poco ofende encerrada en cueva oscura; Pero para mayor gloria del marido Es buena cuando está en la sepultura.

A porrillo hay hombres que esto mismo han asegurado. Entre otras célebres ocurrencias de este jaez, me acuerdo á la sazón de dos, que habrás leído en prosa, y que yo te pongo en verso, para dar alguna novedad á los sucedidos. Cuéntase, y es el primero, que

A todo entierro acudía. Un afamado llorón; Pero á uno lujoso un día Dijo que no asistiría Aunque ganara un millón. Y uno repuso:—«Eso advierto Que es capricho singular.» Y él replicó:—«No por cierto; Como hoy mi mujer ha muerto ¡Ni en broma puede llorar!

Dícese, y es la segunda ocurrencia, que A un marido se anunció Que había muerto su esposa, Y al saber tan grave cosa Compungido replicó: —¿Conque se murió Manuela Y hoy lo vienen á decir? ¡Hombre, no me hagan reír Porque me duele una mueta!

A ninguno de estos consortes le iba bien en su estado social ó pensaban como aquel otro, que harto de oír elogiar á las mujeres, cuando salen buenas, exclamo:

«Cierta que es un gran bien De alabar á boca llena; Y no hallarla mala ó buena Digo que es dicha también.»

Con mayor enojo otro casado, según Villergas, contestó á un soltero que alababa se hubiera proclamado el matrimonio civil,

«que mas progreso sería proclamarle criminal»

y con igual intransigencia, dijo Iriarte:

«Mujer hermosa no espero Encontrar sin tacha humana, Eva tuvo su manzana Las demás tienen su pero»

De suerte que la famosa manzana que tenemos atravesada en la garganta des-

de los tiempos de Adán se ha convertido en camuesa, y casi tentado está uno á decir con Quevedo; que una mujer

«De quince á veinte es niña: buena moza De veinte á veinticinco, y por la cuenta Moza gentil de veinticinco á treinta.

De treinta á treinta y cinco no alborozo Más púedese comer con sal pimienta; Pero de treinta y cinco hasta cuarenta Cria niñas que labran su corzo. A los cuarenta y cinco es bachillera, Gorjea, pide y juega del vocablo; Cumplidos los cincuenta dá en santera, Y á los cincuenta y cinco echa retablo. ¡Niña, moza, mujer, vieja, hechicera Bruja y santera se la lleve el diablo!»

No te canso más con citas parecidas, que abundan en cualquier libro que llegue á tus manos. Lo dicho basta para que descartado el sofisma, nos quedemos frente á frente ante la verdad del matrimonio; palabra tan desdichada que hace sudar la gota gorda á los poetas románticos, y tan pobre de consonantes que si en verso la oyes, en seguida adivinas que detrás viene el demonio, y lo cual es verso y verdad, pues *casan perfectamente*, á no ser que la conciertes con bolonio, como tu hiciste, lo cual es una alusión personal, que atufa al arte más cachazudo de la tierra.

El matrimonio no es poético, ¿cómo ha de serlo si es el amor oficialmente declarado, ó lo que es igual el amor con uniforme, y esa pasión vive del secreto como nos lo dá á entender la ingeniosa fábula de Psychis? Proclamarla es matarla. Una partida de casamiento equivale á la partida de defunción de un amor.

El matrimonio es evidentemente su fin. Recordando que de la parte interna de una caña se saca el azúcar, y que solo sirve la que queda para hacer escobas, podemos decir, sin forzar el símil, que el matrimonio es la escoba del amor.

Aún no es tarde, todavía estás á tiempo de no malograr las esperanzas de tu vida; despierta de tu letargo, recobra tu juicio, piensa lo que vas á hacer, y no exclamaré con Víctor Hugo:

—¡Antonio tuvo un fin trágico! ¡Se casó!

Si desistes de tu idea, día vendrá en que me lo agradecerás, y de todos modos te ruego que dispenses la dureza de mis consideraciones, que

«Ir á la guerra y casar No se puede aconsejar.»

Como dice un conocido refrán.

No creas que la materia está agotada; nada de eso; pero dejo la reserva para lanzarla en el momento de mayor peligro, que quisiera no llegara, tu buen amigo,

PEPE.

MADRID.

80 de Enero.

¡Pobre general! No aludo á Martínez Campos, como acaso creería él si leyese esta carta, que no la leerá, y eso vamos ganando los dos; sino al general Monleón, es decir tampoco al general Monleón que anda por ahí de carne y hueso, y que protesta de que pongan su nombre en los carteles de teatro; sino al general Mont-León, como se ha llamado á la noche siguiente de su estreno, un drama, ó cosa así, que se representó el miércoles en la Comedia.

Por cierto que me sucedió esa noche una casa particular, que á ustedes no les importará nada, pero que yo he de referir porque viene á cuento, y porque puede dar idea de lo que son los estrenos en algunos teatros de la villa y Corte.

Por no recuerdo que motivo, y es muy posible que aunque le recordara no le dijera, no pude ir á la Comedia hasta un rato después de dar las diez. Al entrar pregunté á uno de los recibidores de billetes, ¿en qué acto están?—En el tercero y ya debe concluirse pronto, me respondió.

Fuí apresuradamente á ocupar mi butaca y cuando me hube sentado, distinguí en la escena entre otros actores, en los cuales no me fijé, porque solo el grupo del centro llamó mi atención, á Mata y á Guerra que, sable en mano los dos, decían casi á un tiempo. ¡A muerte!... ¡A muerte! Se acometieron con ira, bajó el telón rápidamente, y el público empezó á aplaudir y á clamar por el autor que no parecía sino que se lo querían comer.

¡Vaya! dije yo para mí, no he podido llegar más oportunamente, porque no cabe duda que este es un éxito de los gordos.

En efecto, después de presentarse el autor dos ó tres veces en el palco escénico á recibir lo que de telón adentro tanto se ambiciona, y que, no obstante, se llama allí despreciativa y desdeñosamente *la gloria*, salió la gente á fumar á los pasillos y yo me metí entre ella para adquirir noticias.

—¡Parece que esto ha gustado! dije al primer amigo que encontré.

Calla, hombre, si es un *buñuelo*, me respondió; además el público *se ha metido dos ó tres veces con la obra*.

Me quedé estupefacto.

Figúrate, añadió mi amigo, que este drama le vimos primero en italiano y nomos gustó: nos le dieron después en francés y no nos gustó tampoco, y que hace más de treinta años se representó en español y nuestros venerables mayores tuvieron el buen acierto de silbarle... De modo que es un *fiambre* echado á perder.

—Pero ¿y los aplausos que yo he oído? —Pues... ahí verás.

Sali del teatro como perro con maza, y está si que puede decirse que es mala comparación. Al día siguiente la prensa, con una unanimidad á que no nos tiene acostumbrados, decía pestes de la obra, la cual no ha vivido en la parte alta de los carteles nada más que cuarenta y ocho horas.

Entonces... No se lo digan ustedes á nadie; había mucho *tifus*. Cierta que en mejor ocasión no lo podía haber: el autor era un médico...

(¡Ah! Por si ustedes lo ignoran, que es muy probable, en los teatros se llama *tifus* á la gente que entra sin pagar.)

Parece que el oficio de *timar* no deja de ser productivo. Y que desde que *La Correspondencia*, con su nativa sencillez, le llamó *procedimiento*, empiezan á dedicarse á él las personas decentes. Entiéndase que, según es ya costumbre, al decir personas decentes quiero aludir á las que gastan levita y sombrero de copa.

Antes se dedicaban á *timadores* solo las gentes de poco más ó menos que, con preferencia, consagraban sus desvelos y vigiliat á desvalijar licenciados de Cuba. En Santander se sabe esto mejor que en ninguna otra parte.

Ahora es distinto, y el negocio ha cambiado mucho, perfeccionándose, por supuesto.

Antiguamente el que mejor título podía presentar para ejercer la profesión se contentaba con el de licenciado... de presidio.

Hoy—es cosa que edifica—se ha sorprendido ya con las manos en la masa, como si dijéramos, á un licenciado en derecho civil y canónico, *in utroque jure*, conforme dirá él enfáticamente.

Bién se yo que no le han de faltar argumentos para defenderse de todas las acusaciones que se le dirijan—¡á no ser abogado!—y que, si á mano viene, hablará en el juicio oral casi mejor que Cicerón y que hasta pondrá al ministerio público de vuelta y media y dirá del fiscal mil perrerías; pero, con todo y eso, vamos á convenir, si ustedes no se oponen, en que este es un descubrimiento inesperado, y en que por este camino no podemos seguir, como dicen los padres serios á los hijos calaveras.

Porque señor, si después de trece años de carrera y de tantos exámenes nos sale un *timador*, en vez de salirnos un abogado ¿en quién vamos á fiar?

El mejor día recibe usted en su casa la visita de un senador del reino, y después de marcharse nota usted que se ha llevado el reloj de pared del comedor, ó el quinqué ó un armario.

Yo desde que he sabido la noticia no disfruto un momento de tranquilidad. Antes, cuando iba á tomar café á la cervicería escocesa, todas las personas que me rodeaban, escritores, diputados, ingenieros, militares, médicos, me parecían honradas y decentes; ahora las miro á todas con desconfianza. Y en cuanto falta, á la hora de costumbre, uno de los parroquianos habituales, me echo á temblar y no me atrevo á preguntar por él al mozo, porque temo que me conteste: le han llevado á la cárcel, porque le sorprendimos aquí robando las encharillas.

¡Gracias á que todavía la prensa guarda algunas consideraciones á los timadores que visten bien! No da sus nombres á la publicidad y los señala con iniciales.

Cuando se trata de un ratero que no ha ido á la escuela se pone en los periódicos el nombre, el apellido y el apodo; pero con los ladrones de levita hay que ser mas circunspectos.

Menos mal; afortunadamente; ¡aún hay clases!

S. DE TRASMERA.

El Times ocupa en la prensa inglesa el puesto más eminente, y al mismo tiempo el de la más absoluta independencia. No forma parte ni es órgano de ningún partido político, ni tiene relaciones con ningún hombre de estado. Fué durante mucho tiempo, el defensor de las leyes sobre cereales; hoy es libre cambiata, pero acepta el libre cambio con toda clase de reservas, como un hecho consumado, y de ningún modo como un principio inflexible que debe aplicarse en todas partes. En política carece de ideas preconcebidas y usa largamente del derecho de cambiar de opinión, no importándole gran cosa contradecirse.

A pesar de esto, su éxito es considerable y relativamente moderno, pues que en 1840 la venta cotidiana no excedía de 10.000 ejemplares. Sin embargo, era ya entonces el periódico de mayor circulación, que aumentó hasta la enorme cifra de más de un millón de números diarios no tan solo la incansable actividad de sus propietarios y el número y valor de sus correspondencias, sino los sucesos cuya narración hará comprender el gran papel que la prensa representa en Inglaterra.

En la primavera de 1841, M. O'Reilly, por entonces corresponsal del *Times* en París, descubrió un plan formado por hábiles estafadores que trataban de robar simultáneamente á los principales banqueros de Europa. En el momento mismo en que M. O'Reilly descubrió este proyecto cuyo éxito aparecía inflexible, y cuya ejecución había ya comenzado estafando doscientos cincuenta mil francos á una casa de Florencia, púsole en conocimiento del *Times*, y aunque la posición de los autores del complot, admitidos en los salones del gran mundo, el secreto y habilidad que presidían todas sus operaciones y el cuidado exquisito que pusieron en destruir toda prueba material de su delito hicieron en extremo peligrosa la denuncia, el *Times* no dudó un momento, y publicó la carta de su corresponsal, teniendo cuidado de fecharla en Bruselas para evitar á aquél la muerte.

Descubierto el plan con todos sus detalles e imposibilitada su ejecución, pudiera haberse creído que todo lo dicho por el *Times* era pura novela, ya que carecía de toda clase de pruebas para justificar su aserto y demostrar que los denunciados por él eran los autores de la estafa cometida en Florencia; y sin embargo no sucedió así.

Un Mr. Boyle, aludido en alguna de las cartas de O'Reilly, es considerado calumniado y siguió contra el *Times* la correspondiente querrela, en la que el Jurado, creyendo que el periódico nada podía probar, é imposibilitado de absolverle por la misma circunstancia, le condenó á pagar un forthing (dos céntimos) de indemnización.

Las costas del proceso, que se elevaron á la enorme cantidad de 125.000 pesetas, se impusieron al periódico como consecuencia precisa de su condena; pero como los debates habían hecho conocer los grandes trabajos del corresponsal para descubrir toda la intriga los cuantiosos gastos que se había impuesto y las infinitas precauciones que tomó para hacer uso del descubrimiento, el comercio de Londres se conmovió. Proclamóse en alta voz por todos que el *Times* había prestado un gran servicio al público, que era injusto dejarle soportar los gastos de un proceso surgido cuando había velado por la utilidad general, y se abrió una suscripción que antes de veinte y cuatro horas produjo la cantidad que se necesitaba. Los propietarios del *Times* declararon que nada podían aceptar, pues que se habían concretado á cumplir con su deber de periodistas; y entonces los suscritores, reunidos bajo la presidencia del Alcalde de Londres, acordaron que se fijasen en el local de la Bolsa y en la redacción del *Times* dos lápidas de mármol con una inscripción conmemorativa del suceso, y que el producto de la suscripción, bajo el nombre de becas del *Times*, sirviera para con sus productos sostener perpetuamente á dos estudiantes pobres, uno en las Universidades de Oxford ó Cambridge y otro en la de Londres.

En esta ocasión el comercio de Londres se reconoció deudor al *Times*, y el cuidado que este siempre ha puesto en sostener sus reclamaciones, la facilidad con que acoge hasta las quejas individuales, cuando son fundadas, han habituado poco á poco al público inglés á considerarle como el defensor de todos los intereses comerciales. Tan pronto como un particular cree tener un motivo de queja contra un funcionario público ó un empleado de cualquier empresa particular, su primera palabra para pedir se le otorgue justicia ó traducir su descontento es amenazar con escribir al *Times*, como si este periódico fuera el desfacador de todos los entuertos y tuviese el derecho de censura universal. El segundo hecho á que nos hemos referido como causante de la gran popularidad del *Times*, es de índole muy distinta de la del primero. En tiempo de la gran controversia sobre el libre cambio, el *Times*, que con gran habilidad y tesón había defendido la legislación proteccionista sobre los cereales, rápidamente y sin que nadie lo esperase, se pronunció contra ellos, y antes de que la opinión pública volviese en sí y se diera cuenta de tan inesperado cambio de ideas, anunció el *Times* que las leyes sobre cereales serían derogadas, y que los ministros entonces en el poder serían los que pedirían su derogación. Como Sir Robert Peel y sus colegas no habían formado ministerio con más objeto que el de defender aquellas leyes, la declaración del *Times* no fué creída por nadie. El *Times* no se defendió; sostuvo sin costearlos los ataques y burlas de toda la prensa, y las risas y rechiflas de la multitud no le conmovieron. Seis meses después, la víspera de la reunión del Parlamento, provocóse una crisis ministerial, y habiéndose negado los liberales á formar gabinete, continuó el existente y propuso á la Cámara la derogación de aquellas leyes.

La predicción del *Times* se había cumplido. Semejante suceso ha dado á este periódico, á los ojos del público inglés, el prestigio de una especie de infalibilidad; diga lo que quiera el *Times*, y por muy extrañas que parezcan algunas de sus afirmaciones, nadie se atreve á negar en absoluto lo que él dice. Por el solo hecho de aparecer en sus columnas una noticia adquiere cierto grado de probabilidad. Si un día dijese el *Times* que la república de San Marino trataba de enviar una armada que invadiese á Inglaterra, seguramente muchos ingleses, temerosos de que fuera cierto, se apresurarían á pedir se tomasen medidas encaminadas á impedirlo. En toda crisis, siempre que se vea algún hecho grave, cuanto está sobre el tapete alguna ardua y delicada cuestión, la primera idea del público es informarse de

la opinión del *Times*: ¿Que dice el *Times*? ¿Que dirá el *Times*?—se pregunta toda Inglaterra.

Difícil es imaginarse una posición tan alta dentro del periodismo, como aquella en que han colocado al *Times* la gran importancia que se atribuye á todas sus palabras y la autoridad que se concede á todos sus juicios; pero tiene un peligro del cual no se escapa el *Times*. Este peligro es el de estimular entre sus redactores el deseo de alucinar y de llamar siempre sobre él toda la atención del lector. No le basta al *Times* que su opinión sea más considerada que la de sus colegas; cree que le es preciso pensar y obrar de distinto modo que los demás. Cuando se vea á la prensa inglesa estar de acuerdo sobre un punto dado, puede asegurarse de antemano que el *Times* combatirá su opinión, pudiendo citarse multitud de ejemplos y de ocasiones en que tal ha sucedido.

Como ya hemos dicho, el *Times* no es órgano de ningún partido, ni de ningún hombre político, y si rehúsa tal posición es porque desea ser órgano de la oposición general, desea ser algo, como un espejo destinado á reflejar todas las impresiones del público. En realidad, si reivindicá su independencia con respecto á los hombres políticos, hácelo para dedicarla ante la multitud.

Para concluir, vamos á dejar al *Times* definir su situación. Reprochándosele por alguén su anómala existencia como periódico político, contestó así: «La dignidad y la libertad de la prensa dejan de existir desde el momento en que acepta una posición subalterna. Para poder cumplir sus deberes con entera independencia, y por tanto con más ventaja del público, no es preciso que la prensa contraiga alianzas ni intimidad con hombres políticos, ni debe tampoco sacrificarse sus intereses permanentes á las conveniencias del poder efímero de un gabinete.

«El primer deber de la prensa es procurarse el conocimiento más exacto y pronto de los sucesos contemporáneos, y por medio de una revelación inmediata, hacerlos del dominio público. El hombre de estado recoge sus informes en silencio y permanecen secretos; reserva con un lujo risible de precauciones, aún los sucesos corrientes, hasta que la diplomacia es vencida en esta tentativa por la publicidad. La prensa vive, por el contrario, de la indiscreción; todo lo que entra en su poder, se coloca inmediatamente en la crónica é historia del tiempo. La prensa siempre se dirige á la opinión pública; se adelanta, hasta donde puede, á la marcha de los sucesos, colócase en la barriera que separa el presente del porvenir, y desde allí extiende su vigilante mirada hasta los confines del mundo. La obligación del hombre de estado es, opesta por completo á la suya.»

Pichiwich.

COMUNICADO.

Sr. Director de «EL ATLÁNTICO».

Muy señor mío: Con la mayor sorpresa he leído lo que acerca de mi personalidad literaria se dice en una carta publicada en EL ATLÁNTICO de hoy, si es que carta puede llamarse así un *cartucho*... de dinamita con su correspondiente fulminante... suegra.

Como sé que las manos blancas no ofenden, pensaba dar la llamada por respuesta; pero me hizo variar de modo de pensar la consideración de que no eche en remojo sus barbas el amigo á quien dediqué mi colección epistolar, porque se trata de pelar las mías y las suyas corren peligro, por la vecindad que tenemos de continuo.

Si la señorita Mariquita hubiera leído despacho esta dedicatoria y los antecedentes que la siguen, no daría sobre mí palos de ciegos; pero por lo visto, más que Mariquita es Mari-dá, si no es de la familia de aquella célebre doña Mariquita de la calle de Alcalá, de Madrid, que despachaba chocolates, repartiendo *mojicones* que era un primor.

Solo fijándose en aquella dedicatoria y en dichos antecedentes vería que no soy más que un copista de una colección de cartas matrimoniales, tan imparcial, que copio distintas opiniones sobre tan espinoso asunto sin permitirle el más leve comentario, y tan ingenuo que advierto al principio el *buen fin* de mi trabajo, porque ya sé que los tiempos no están buenos para *establecimientos*, lo mismo de tiendas de aceite y vinagre que de solteras.

Pero bien puede ser que la señorita Mariquita, que sabe donde le aprieta el zapato, ó la botina, por no parar los pies ni un momento, haya tomado mi carta de pretexto para exhibirse, según costumbre, en todas partes, y demostrarnos que es una mujer que escribe con soltería, digo, con soltura, y sin retóricas ni *afectes*, deduciéndose aquello de su propia salsa y esto otro de la ordenada peladura de mis barbas, que intenta, y que de seguro así la llama por haberla ordenado ella.

Es tan profundo el convencimiento que tengo en los méritos de esa señorita, que no dudo que si se empeña en llevar á cabo la manifestación de los pendones, yendo ella en la procesión no faltarán... algunas que la sigan; pero sería un alboroto inútil, porque de claro con la mayor sinceridad que la señorita Mariquita es una de tantas que sería una felicidad se la llevara lo antes posible el primer marido disponible.

No molesto más su atención, señor director, y concluyo rogando á las lectoras que suspendan su juicio hasta que acabe de publicar la octava y última carta de la colección.

«Que no es buen juzgador, quién juzga Sin notar todo el proceso.»

Con arreglo á la ley de imprenta tendría derecho á exigir que se insertara esta carta en el periódico de su digna dirección; pero prefiero deber esto á su benevolencia su afectísimo amigo s. s. q. b. s. m.

F. NEAPOLIS.

Santander 25 de Enero de 1886.